

Orozko, siempre, vivir contigo

Ibon Arbaiza Ugarte

OROZCO

El valle
se tendía al pie del Gorbea
daba la vuelta alrededor
de Santa Marina,
ascendía
hacia Barambio, doblaba
hasta la línea del ferrocarril
en Llodio,
valle delineado por la lluvia
incesante, liviana,
dando molde, en el lodo,
a las lentas ruedas de las carretas
tiradas por rojos bueyes,
tras la blusa negra o rayada
del aldeano con boina,
pequeña patria mía,
cielo de nata
sobre los verdes helechos,
la hirsuta zarzamora,
el grave roble, los castaños
de fruncida sombra,
las rápidas laderas de pinares.

He aquí el puente
junto a la plaza del Ayuntamiento;
piedras del río
que mis pies treceañeros
traspusieron, frontón
en que tendí, diariamente, los músculos
de muchacho,
aires de mis campos,
y son del tamboril,
atardeceres
en las tradicionales romerías
de Ibarra, Murueta,
Luyando, mediodía
en el huerto
de la abuela
luz de agosto irisando los cerezos,
pintando los manzanos, puliendo
el fresco peral,
patria mía pequeña,
escribo junto al Kremlin,
retengo las lágrimas y, por todo
lo que he sufrido y vivido,
soy feliz.

BLAS DE OTERO

“Orozko es mi verdadero lugar de nacimiento”, el alma libre de Blas de Otero había sido arrebatada por un sentimiento apasionado hacia Orozko. Así, con estas palabras, se refería el poeta al municipio en una entrevista realizada por su amigo Gabriel Aresti en 1966. Cuna de su familia materna, el pueblo está situado en el suroeste de la provincia de Bizkaia, a veinte kilómetros de Bilbao. El valle es abrazado por montañas en sus cuatro puntos cardinales: Gorbea, Untzueta, Oderiaga y la tan nombrada cúspide de Santa Marina, coronada por una ermita del mismo nombre; y es regado por dos ríos, Altube y Arnauri. Lugar del que procede su familia materna y patria de sus antepasados, “Orozko cabe en un soneto”, en palabras de Blas, incluso sin nombrarlo directamente, como en el poema titulado *Me voy al campo*, Blas siempre llevó a Orozko

en su corazón. Allí jugó en el río, peloteó en su frontón, bailó en sus romerías e incluso toreó un becerro en sus fiestas patronales. Cada vez que el poeta viajaba a Moscú, Shanghái, La Habana o Pekín, entre otros muchos destinos, recordaba su valle, en el que disfrutó de su juventud y adolescencia.



Valle de Orozko (Foto de Ibon Arbaiza)

FOTO DEL VALLE

El topónimo Orozko (variedades Orozko, Orosco, Horosco) denomina, hoy en día, al valle, y anteriormente al señorío, heredado por la familia Ayala en el siglo XII y recomprado por una rama de los mismos en el siglo XIV. Originariamente denominaba sólo a un lugar concreto, un punto muy determinado, donde se encontraba una casa llamada Orozco. Posteriormente pasaría a denominar a todo el valle. Hay varias etimologías de la palabra Orozko. Una de ellas, la de Gutiérrez Tibón, que la toma de Adarraga, según la cual procede del euskera antiguo o protovasco, reúne tres elementos: oro (elevación, eminencia o montaña), oz (de otz=rellano) y co (procedencia), de forma que indicaría “el que procede del rellano de la montaña”, o dicho de otra forma, “del llano de arriba”. La hipótesis de Félix

Muguruza analiza la etimología de la siguiente forma: oro (peña), z (otz=frío) y ko (diminutivo, pequeño) de manera que Orozko se traduciría como “pequeño peñasco frío”. Incluso en Cuba hay un Orozco, en la provincia de Pinar del Río, partido de Guanaja, municipio de Cabarías.

Los veraneos de juventud del poeta Blas de Otero, hasta el estallido de la guerra *incivil*, transcurrieron junto a sus primos y abuelos. Su abuelo, José Ramón de Muñoz y Lambarri nació en 1855, y quedó huérfano a los cinco años. Sus años de juventud transcurrieron en diferentes internados en los que el muchacho era muy aplicado en sus estudios, hasta finalizar la carrera de medicina. Conoció a su mujer María Josefa Sagarminaga en el pueblo de Areta, cercano a Orozko, al invitarla a subir a su coche de caballos mientras se dirigía a su casa.

El tatarabuelo del poeta, Juan Antonio de Sagarminaga, quien sabía leer y escribir e impartía clases particulares a sus vecinos, vivió en Arbaiza, barrio de Orozko, donde fue un reconocido mecenas y edificó la ermita del barrio en 1856, tal y como dice la escritura: “Don Juan Antonio de Sagarminaga, vecino del barrio de Arbaiza-artea, cuadrilla de Arbaiza, parroquia de San Juan, edificó una hermita (sic) llamada San Isidro labrador”. La ermita, rectangular de 16 x 7 metros posee dos accesos en arco de medio punto, neoclásica con tres huecos tuvo una campana, sacristía y pórtico. Con imágenes de San Isidro, Virgen con niño y San Antonio de Padua tiene el único reloj de sol de todo el municipio, semicircular de arenisca y numeración árabe. Juan Antonio poseía oro, probablemente proveniente de la primera guerra carlista, y era prestamista. Al casarse con Fermina de Picaza, vecina del valle, se trasladó a vivir al centro y entre otros bienes, lógicamente, llevó consigo el oro. Éste era guardado a buen recaudo en la cuadra de su nueva vivienda, en un zulo situado bajo el toro semental y un montón de paja.

FOTO DEL TATARABUELO

Los familiares que compartían las épocas de estío con Blas eran sus primos (Francisco, Goyo, Miguel y Rosi), su abuelo José Ramón y su abuela Pepita, su tan querida *amama* (abuela en euskera). Sus primos, con quienes Blas era cómplice en juegos y correrías, eran hijos, sobrinos y nietos de médicos, por consiguiente, pertenecientes a las fuerzas vivas del valle y aficionados a la lectura desde muy jóvenes. Francisco, el mayor, médico también, falleció en 1952 víctima de una esclerosis renal contraída en la batalla de Teruel, durante la guerra *incivil*. Su primo Goyo, el menor, también estudiante de medicina hasta cuarto curso, fue un gran lector y estudioso de la historia y la filosofía. Durante sus años de estudiante, en



Juan Antonio Sagarrinaga, tatarabuelo de Blas (segunda mitad del siglo XIX)



Los tíos de Blas de Otero (Gregorio y María Belia) con sus hijos Rosi y Francisco en 1920

el colegio mayor de Salamanca, los días previos a los exámenes explicaba en su cuarto las ideas de Hegel, Schopenhauer y Nietzsche a sus amigos de universidad, más entusiasmados con la juerga de la ciudad que con los estudios. Años después, Goyo publicaría un libro de poemas, *Florilegio de Orozco*, compuesto de versos de Blas (como el poema titulado “Orozko” que abre este artículo), Francisco y el propio Goyo. *Muestra del ingenio poético*, aquí, varios poemas de los dos hermanos:

POEMAS DE FRANCISCO MUÑOZ

Si se pudiera ver lo que yo quiero
en la mirada esquiva de tus ojos,
si se pudiera hacer de tus enojos
promesa cierta de lo que yo espero
sería el mar, el aire y el velero
pirata que llevara tus despojos
(su casco perfumado con hinojos)
tu amor, tu rey, tu dios, tu...bandolero.

Pero también deseo confesarte
que si a pesar de todo eres mi amada,
no es todo mi consuelo el de soñarte
y verte siempre sólo deseada.

Pues de esto nunca debes olvidarte:
no hay un amor que viva de la nada.

QUIETUD

Con qué calma y mansedumbre va este río
cubiertas sus orillas de boscaje;
con qué paz se conforma al oleaje
del fiero mar bravío.
La plácida dulzura de su seno
es un fluir continuo y no acabado
fluir sereno.
¡Ay si así fuera mi camino
El camino a mi último hospedaje)

POEMAS DE GOYO MUÑOZ

AMOR EN LA REJA

La luna resguardaba entre dos torres,
la soledad sentida en tu mantilla;
la noche callada entre tus labios,
el beso que se espera y no mancilla.

Yo no sé si decirte que te quiero,
yo no sé si mejor es olvidarte,
sólo sé mi amor, que ya en la vida
siempre mi corazón tendrá que amarte.

MARÍA DEL CARMEN

Alta y bonita va la niña
luciendo su vestido nuevo
con su andar de golondrina
con su mata de fino pelo negro.

En su cara dos rosas encendidas
en sus ojos dos arcos de desvelo
yo quisiera decirla que en la vida
las horas del amor son como el viento.

Este es el ambiente que Blas de Otero encontraba en Orozko. La casa-palacio de su querida abuela, sus primos, el frontón, el río, las romerías, el huerto y un clima de lectura, paz y naturaleza que lo envolvían todo. A su temprana afición a la poesía iniciada con la Enciclopedia Universal regalada por su padre Armando, donde descubrió a Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, los dos Machado y Maragall, se unía la amistad de sus primos y la común afición a la poesía. El mismo Blas reconoce que leyó *Pastorales*, el libro de Juan Ramón Jiménez, en el huerto de su abuela, “aquel libro que pidió un poco ansiosamente en una biblioteca municipal”, probablemente de Bilbao. El adverbio denota lo que Ángel González definió como “una apasionada lectura” de la obra del poeta moguereño. En *Historia (casi)*

de mi vida escribió: “Los heraldos negros los leí en el huerto de mis antepasados, en Orozco”. Por lo tanto, la lectura del primer libro vallejano también se produjo en el huerto de la abuela.



El joven Blas, de luto por la muerte de su padre, jugando al frontón en Orozko

FOTO DE LA CASA-PALACIO

Probablemente, en la biblioteca de su abuelo también leyó y conoció textos de otros autores, pero no podemos citar dichos títulos ya que la devastadora riada ocurrida en Bizkaia en 1983 destruyó la mayor parte de la librería, llegando el nivel del agua en la casa hasta los tres metros, con lo cual, dos terceras partes de los libros fueron destruidos. En este valle lúgido de su adolescencia, Blas encon-

traba el cariño incondicional e infinito de su abuela Pepita, su inolvidable *amama*. En su compañía, Blas olvidaba el subjuntivo del verso del poema *Biotz-Begietan*(1): “Manos de lana me enredaran, madre”, recibiendo el calor y el amor de una abuela tan querida como una madre. Volver a sentir la serenidad deliciosa, la felicidad sin nubes, la dicha fácil de las primeras épocas de su vida. Su felicidad tenía en ocasiones el rostro de Orozko.



Casa-palacio de los abuelos de Blas de Otero (Foto de Ibon Arbaiza)

(1) *Biotz-Begietan* (*En el corazón y en los ojos*), título de uno de los libros de poemas de Xabier de Lizardi, poeta vasco. Para el autor la historia está compuesta por lo vivido y lo amado.